

Euskal Hiztegi Historiko-Etimologikoa de Joseba A. Lakarra, Julen Manterola e Iñaki Segurola visto por un hispanista

PASCUAL, José Antonio
Real Academia Española

No parece necesario decir que a estas alturas, en el caso del euskera se han dejado ya de lado las fantasías que otrora parecía imposible sortear para ocuparse de su estudio. En cuestiones etimológicas se lleva tiempo pisando ya un terreno firme, que permite seguir dando pasos seguros en la construcción del protovasco. Es algo que va más allá de saciar la curiosidad –por otro lado tan comprensible– de quien quisiera que le asegurasen de dónde viene su apellido, pues para el lingüista la etimología no es un juego entretenido; es simplemente un reto en el que, por otra parte, no siempre se puede triunfar o se logra hacerlo solo a medias. Por ello, quien se acerque al *Euskal Hiztegi Historiko-Etimologikoa* de Joseba A. Lakarra, Julen Manterola, Iñaki Segurola pensando que les va resultar divertida su lectura, está muy equivocado. Se va a encontrar con algo muy distinto a lo que pensaba: el estudio de 200 familias de palabras. Y esto no es poca cosa, pues, aparte de proporcionar la etimología de muchas voces, supone la presentación de una red de hechos entrelazados que abre muchas puertas para penetrar en los tiempos antiguos de la lengua.

Las cosas son más complejas de como las presento y habría que matizar mucho, empezando por señalar que esos caminos, cuando nos toca recorrerlos tratándose de una lengua románica, son mucho, muchísimo más llevaderos. A diferencia de los vascólogos contamos los hispanistas con una amplia documentación del pasado de nuestra lengua, desde la alta Edad Media, aparte de disponer de una protolengua relativamente bien documentada. Es lo que nos permite recurrir a la comparación con otros idiomas, que nos

Euskera. 2019, 64, 2, 2. 1047-1058. Bilbo
ISSN 0210-1564

conduce hasta el latín, del que parte el español (o a alguna lengua germánica o al árabe, etc.): si yo tengo *trujal* y *conejo* y el catalán dispone de *trull* y de *cunill*, se entenderá que cuando me tope en castellano con *toalla*, junto al catalán *tovalla*, piense que esa palabra no puede pertenecer al fondo patrimonial de la lengua y que haya que buscársele una justificación a su comportamiento excepcional. No nos planteamos la posibilidad de que se hubiera tomado en tiempos antiguos del germánico, sencillamente porque lo impide la ruptura de una regla evolutiva. Lo que explica que unos pensemos razonablemente que haya llegado a nosotros partiendo del germánico, pero a través del catalán y otros, razonablemente también, a través del portugués. Lo nuestro debiera haber sido *tovaja*, como de hecho lo fue, aunque esa forma haya quedado relegada, frente a la triunfadora, *toalla*.

Un proceder como este en la búsqueda de los étimos de las palabras no es el normal en el euskera, pues los etimólogos han de llegar a la protolengua sin el apoyo que hubiera supuesto disponer de algo que correspondiera al latín formal a que llegan los romanistas, del que se puede pasar a ese otro latín coloquial al que llamamos latín vulgar, pues se me reconocerá que las inscripciones aquitanas no pueden compararse con nuestros textos latinos. Pero el euskera tampoco ha podido disfrutar del apoyo que le hubiera brindado contar con parientes que hubieran permitido a los reconstructores recorrer por medio de la comparación el mismo camino que hemos seguido nosotros para llegar a *torcularre* / *torculu* y *cuniculu*, como base de las palabras romances que he citado antes, a la vez que para saber que *toalla* tenía que ser un préstamo. Con todo, Luis Michelena había recurrido a una serie de posibilidades de reconstrucción interna, a la vez que encontró un apoyo en los préstamos que saltan del euskera a otras lenguas y de los de estas al euskera, todo un andamiaje que permitía una comparación en cierta medida parecida a la que practicamos los romanistas para llegar a esa protolengua, es decir, la capa lingüística que en nuestro caso corresponde a ese latín vulgar, del que parten el castellano y el catalán. Con todo, aparte de estas diferencias de método con que nos manejamos unos y otros, se añaden otras más, como es la masa de documentación escrita que tenemos desde el siglo IX para el español.

Con distintos grados de dificultad que hace muy distinto nuestro trabajo, hay algo en lo que coincidimos: la necesidad de colocar un filtro, en forma

de leyes evolutivas, para dejar de lado las coincidencias casuales que pudieran darse entre algunas palabras de nuestras respectivas lenguas con las de otras. Es algo difícil de hacérselo comprender a quienes no se dedican a estas cosas y piensan que todo vale, con solo que se le pase a uno por el magín lo que hubo de ser el pasado. Pero la imaginación personal, por fuerte que sea, por interesantes que nos parezcan nuestras ideas y por más que estén estas abonadas por los mejores deseos, sirven de poco, salvo para atreverse a escribir textos como los dos siguientes (pudieran ser otros de sentido opuesto) por medio de los que se han explicado algunos retazos de la historia de España. Ese género de disparates del que tenemos una muestra relevante en *Gárgoris y Habidis*. El primero de los textos anunciados se debe a un político muy leído, pero en cuya biblioteca debió faltar un manual de lingüística:

... aseguró asimismo que el euskera es una lengua prehistórica y, además, “de museo”. En declaraciones a TVE, destacó que “el gallego es una lengua romance, hermana del portugués, hermana del castellano y que se habla naturalmente”, mientras que la lengua vasca “es un idioma prehistórico que los vascos, en un momento determinado tienen que completarlo con una adaptación del latín”. (*La Razón*, 3.5.2001)

El segundo es de alguien a quien no conozco, A. Arnaiz Villena, que posiblemente sea muy mentado por aquí, que escribe con la pretenciosidad del “científico” que se siente capaz de explicar aquello que desconoce:

Desgraciadamente, [la lingüística] es una ciencia envuelta en un fuerte dogmatismo especulativo que ya viene durando mucho tiempo [...]; se hace necesaria una revisión de métodos y entrar de lleno en una lingüística experimental que, con la ayuda de la genética, es ahora posible. De este modo nosotros hemos identificado, junto con Jorge Alonso, unas relaciones entre lenguas y gentes antes ocultas (vasco, ibero, etrusco, bereber, egipcio). (A. Arnaiz Villena *El País*, 6.12.2000: 40)

Alguien podrá pensar, Joseba, que con tales opiniones quizá no fuera necesario que os tomarais tantas molestias. ¿Para qué el esfuerzo de mantenernos en el dogmatismo especulativo? Pero dejemos de lado la broma para

reconocer que nada de esto tiene sentido, frente al vigor de las ideas y el refinamiento del método con que habéis escrito este diccionario.

La cosa empezó con el salto que dio Luis Michelena por encima de la obra de Schuchardt y de otros lingüistas importantes de su propia época, para imponer, frente a ellos, esos filtros férreos para la reconstrucción del euskera que contiene su fonética histórica (deudora, en realidad, de la mejor fonología de entonces), que se completaba con el refinado trabajo filológico que había emprendido con su lengua, y con la atención que prestó –sorprendente en las condiciones en que hubo de investigar– a la lingüística teórica.

Quedaban también atrás los intentos bienintencionados de abrir las vías a un diccionario etimológico del euskera, que Antonio Tovar impulsó, partiendo de un método más propio de la romanística o de la indoeuropeística y llegando a recurrir incluso, si resultaba conveniente, a una difusa combinación de lo vasco y lo ibérico. De ahí que, al dejarse de lado ese diccionario, Joan Corominas diera entrada en su *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* a una serie de etimologías vascas (varias de ellas insostenibles), que había ido cosechando como aportación suya al diccionario etimológico vasco propiciado por Tovar. Reconozco (y no eludo la responsabilidad que yo haya contraído en ello) que no siempre se justifica en un diccionario etimológico castellano la aparición de unas cuantas palabras que estaban en esta situación, enganchadas a un artículo en algunas ocasiones por los pelos.

Así (s. v. *andosco*), que es una ‘res de ganado menor’, cita Corominas un bearnés *anesque* ‘oveja de un año’, que nada tiene que ver etimológicamente con *andosco*, y lo explica a partir de *neska* ‘muchacha’, de origen prerromano, las NISKAS de los Plomos de Arles-sur-Tec. En su estudio sobre estos Plomos, dado que no resulta fácil pensar en encontrar una forma vasca a 30 km. del mediterráneo, explica que conviene contar con la posibilidad del ibérico, lo que le lleva a pensar que ese NESCA, que se conocía por las inscripciones aquitanas, perteneciera a los elementos léxicos comunes al vasco y al ibérico. Yo, tras la argumentación de Lakarra y colaboradores, me conformaría con quedarme en que el eusk. *neska* no tiene etimología

clara; desde luego, no tiene nada que ver con *nescius* ni con el céltico, como pensaba Bähr, pero tampoco parece que esas *niskas* aquitanas puedan ser tomadas como protovascas.

A muchos de los excesos de los sustratos indoeuropeos y prevascos, que vinieron después, Lakarra y quienes trabajan con él se han negado, con toda razón, a arrojar de cabeza.

El hecho es que se parte en este diccionario de unos fundamentos sólidos de partida para construir un número importante de etimologías sobre el euskera. He dicho un número importante y alguno pensará que eso no es suficiente, preocupado por saber cuándo se podrán resolver todos los enigmas etimológicos de este idioma aislado. Cuando quien dirigía el *Nuevo Diccionario Histórico del Español* recibía a diario la pregunta de por qué letra íbamos en él, no se sorprendería porque haya personas que se estén preguntado si son muchas o son pocas estas 200 familias de palabras que hoy se presentan aquí. No son suficientes, desde luego, para saciar la curiosidad que pueda tener alguien que quisiera saber el arranque de todas las palabras de su lengua y adentrarse además por una parte de su historia. Pero el trabajo etimológico que ha dado lugar a este libro supone el estudio sistemático de la información –fónica, morfosintáctica, semántica e incluso pragmática o cultural–, encapsulada en cada voz. Se trata del andamiaje que permite disponer de una gramática histórica que pueda afrontar en las mejores condiciones la explicación de la evolución diacrónica de una lengua, tal y como se explica, siguiendo el juicio de Mario Alinei: la etimología es el camino para llegar por medio de la información de las palabras a la descripción de los estadios más antiguos de la lengua, es decir, en palabras del prof. Lakarra, “la base de la lingüística histórica”.

1. La necesaria evolución del trabajo etimológico

Me he referido antes al hecho de que Luis Michelena estableció los fundamentos para la construcción de la etimología vasca; pero he de añadir la importancia que ha tenido haber creado una escuela de filólogos y lingüistas estudiosos del euskera, que no se asentara en el recuerdo melancólico del

tiempo pasado (que es algo que, como se ve, me va ocurriendo a mí), sino que supiera dar un paso más allá de los maestros, como corresponde a los permanentes cambios a que está sometido el pensamiento científico. Es la escuela a la que pertenecen Joseba Lakarra y quienes con él firman este libro, que se puede caracterizar por combinar el conocimiento de la lingüística teórica aplicada a la diacronía, con una atención cuidadosísima a los datos que aporta la filología vasca, en la misma línea crítica en que se movía su maestro.

Continuadores que han sabido dar un paso más, que ellos explican con argumentos muy atendibles. Tiene que ver con haber tomado en consideración la cronología, con la que era más difícil de contar en el pasado; haber matizado en ese pasado al que se pretende llegar por medio de la etimología, entre un protovasco y un vasco común antiguo; manteniendo el soporte que supone para la etimología la fonología, pero sometida a una permanente crítica, a partir de las conclusiones a que se llega sobre determinados hechos por otros caminos; sistematizando los propios hallazgos; yendo más allá en el plano de lo tipológico; tomando en consideración los procesos de gramaticalización, que parecen caminar en sentido inverso al de la reconstrucción; pero, sobre todo, dando protagonismo a la forma canónica de la raíz en el análisis etimológico.

En distintas ocasiones he hablado con Joseba Lakarra de su idea –o, mejor, me la ha explicado él con su conocido apasionamiento– de la forma canónica de la raíz, que le lleva a buscar en protovasco antiguo el sistema inicial bajo la forma más simple. Para ello disiente de Michelena en que esas raíces simples fueran bisílabas. Su idea, que para mí es la clave en que se sustentan las dovelas de este arco reconstructivo que forma la parte fundamental de la arquitectura de este diccionario, lo lleva no solo a dar con nuevas raíces, sino a detectar también nuevos préstamos o procesos morfológicos antes desconocidos e incluso a revisar las bases de una fonología diacrónica del euskera que a muchos nos había parecido definitiva.

Este hecho fundamental de suponer un tipo de raíz en el estadio más antiguo de la lengua al que podemos acceder no es, de partida, producto de una intuición de vascólogo, sino que supone la aplicación de la compara-

ción tipológica, distinta de la comparación genética. Pues se parte de ver si aquellos procesos que podemos considerar universales, ocurridos en otras lenguas no emparentadas, pueden servir para el euskera. Una comparación para la que Lakarra toma en consideración lo que ocurre en lenguas como las de la familia urálica, sinítica y austronesia. Es el caso de la estructura morfé mica del pre-proto-japónico, donde encontramos un predominio de las raíces monosilábicas cuyo tipo canónico era *(C)VC, de la que se pasó a tipos más complejos bisilábicos y polisilábicos.

Si la etimología que se cultivaba a mediados del siglo pasado en el dominio del vasco no era comparable a la que se había practicado antes, la aparición de este diccionario supone ahora un cambio importante de aquel modo de trabajar que hace un poco más de medio siglo podía considerarse vanguardista. Este proceder de ir más allá de los maestros se toma en las ciencias experimentales como algo no solo normal, sino imprescindible para el avance de la ciencia; pero en el campo de las humanidades los cambios de este tipo se interpretan muchas veces como una falta de lealtad para con quienes han abierto los caminos por los que nos movemos, en lugar de reconocer que con ello mostramos que, gracias a ellos, podemos mirar más lejos de lo que se podía llegar a ver en su tiempo.

2. La importancia para el castellano

Llegados aquí, alguno se habrá hecho la pregunta de qué hace en este lugar una persona que, como yo, no tiene ningún mérito referente al estudio del euskera (si es que tiene alguno en otros campos). Me consta, en efecto, –lo he dicho en muchos lugares y no pocas veces– que la filología vasca goza, sin la menor duda, de una buena salud en el ámbito de lo histórico, de forma que es hoy un referente –lo es, y sin la menor duda también, en el ámbito de lo lingüístico– para quienes nos dedicamos a un trabajo paralelo sobre otras lenguas. Salud a la que indudablemente contribuye la trayectoria científica de personas como Joseba Lakarra, a quien si alguna crítica me atreviera a formular esta sería su perfeccionismo, que ha sido precisamente la razón de por la que unos cuantos hemos hecho apuestas sobre cuándo se

terminaría este libro, largo tiempo esperado. Claro está que participar en esta presentación no se debe a mis méritos en ese terreno, que obviamente no los tengo, sino a otra razón, que se confirma con el hecho de que, aparte de otros participantes, intervenga aquí Reina Bastardas: ella desde la perspectiva de la romanística, y yo desde la del castellano.

Estamos aquí sencillamente porque compartimos la idea de que todo lo que se logre avanzar en cualquiera de nuestras lenguas resulta útil para los avances que esperan a las demás. Lo cual es más importante aún cuando esas lenguas han coincidido a lo largo de la historia, como he ejemplificado antes, por medio de la actitud de Coromines en este campo.

Esa razón es aún más fácil de entender ahora, cuando buscamos en los canales de comunicación el intercambio de la información. Esta situación, largamente esperada, permite comprobar que cualquier paso dado por alguien en el conocimiento de su lengua no lo convierte en competidor de las otras, sino, por el contrario, en que puede apoyarlas. Esta es la razón por la que estoy aquí en esta ocasión –y agradezco de corazón que se haya contado conmigo para ello–, porque al castellano cuya filología goza, a mi juicio, también de muy buena salud, necesitaba, sin embargo, de una obra como esta. Quienes nos ocupamos ahora, por ejemplo, de sus etimologías, nos beneficiamos del desarrollo que en estos tiempos han experimentado los métodos de trabajo, de la mejora que ha llegado a nuestra filología, del incremento de los materiales. Sí, pero también nos apoyamos, de una forma que antaño hubiera sido impensable, en los recursos de otras lenguas, imprescindibles para el estudio de la nuestra, como ocurre con los textos franceses que nos proporciona la Bibliothèque nationale de France, a través de la *Gallica*, o con el acceso al *TLF* o al diccionario de Wartburg, etc., a través del *ATILF*; por no especificar los materiales que en el campo del catalán, gallego, portugués, italiano, etc., se nos ofrecen en la red.

¡Pues ahora vamos a poder apoyarnos en este diccionario! Si me ha interesado estar hoy aquí es precisamente para reconocer que en el ámbito de nuestras lenguas, este avance en el plano etimológico del euskera apoya también la mejora del conocimiento de otras lenguas: desde luego del castellano.

He leído como he podido, y no sin gran dificultad, moviéndome en un modelo muy especial de Pentecostés, algunas partes de esta obra, gracias, en parte, a lo que conocía de antemano de algunos adelantos metodológicos de ella publicados en castellano. Luego, mis ideas previas sobre estas cosas que aprendí de mis maestros, además de algunas ayudas familiares, me permitieron abordar un poco por encima la lectura del libro. No lo entendí todo, pero sí pude darme cuenta de la importancia del núcleo práctico del diccionario en que se describen las familias de palabras. Se da en él mucho más de lo que se promete en este diccionario, que aún la etimología con la historia del léxico: para explicar una amplia red de palabras emparentadas, construida a partir de una documentación a la que era difícil acceder hace uno pocos años, que llega a asentarse, en muchos casos referentes al pasado, en un grupo importante de nombres de persona y de lugar, muchos de ellos, encontrados en la documentación romance. Y sobre todo en la posibilidad de contar con el diccionario que ha llevado a buen puerto Ibon Sarasola.

Veamos, aunque sea muy por encima, echando mano de algunos ejemplos, cómo, en efecto, esta obra puede contribuir la mejora del trabajo etimológico sobre el castellano.

2.1. Empecemos por la motivación semántica

Los historiadores del léxico nos vemos obligados a menudo a dar explicaciones de los procesos semánticos de las palabras que estudiamos, no siempre con fundamento. Esta obra es una incitación a tomar en consideración para las evoluciones semánticas lo que ocurre en otras lenguas, emparentadas y no emparentadas. Los ejemplos siguientes muestran las posibilidades de apoyo que el castellano puede encontrar en otras lenguas para afrontar el problema que muchas veces solucionamos solo a través de nuestra intuición:

Pido mis disculpas por la elección del primer ejemplo a que me voy a referir (disculpas que también Joseba Lakarra hubo de pedir también, aunque él se atrevió a ser más explícito): se trata de *ipurdi*, palabra que por lo que sé es como llamaban las brujas de Zugarra-

murdi a un órgano impúdico del cuerpo. Su base es **ibi-erdi* ‘vado-(en) medio’, explicación topográfica que tiene paralelos griegos y armenios.

El segundo ejemplo se refiere a que, del mismo modo que las lenguas amazonias se utilizan para explicar la formación de las bases de la numeración vasca, como en *zortzi* < *zorrotzi* ‘afilado’), con paralelos –‘afilado’, ‘sierra’, etc.– asociados a la raíz *okto* en lenguas indoeuropeas. Tanto en la parte anterior de la mano, como en la posterior el dedo pulgar queda fuera de la cuenta, por lo que en esta última hallamos cuatro “montículos” en cada mano, ocho entre ambas.

El tercer ejemplo se refiere a la reconstrucción **arrani* ‘pez, pescado’, con diferentes variantes (*arrañ*, *arrain*, *arrañ*, *arran-*), del que la *-i* es la antigua marca de participio que vemos en *etorri* ‘venido’ o en *gorri* ‘rojo’; lo cual lo refuerza el castellano *pescado*, que puede descomponerse igualmente en *pesc-ado*.

2.2. En el terreno de la filología hispánica es evidente que este diccionario ha de formar parte del bagaje de conocimientos con los que tenemos que contar para historiar esa época que los hispanistas englobamos bajo el rótulo de las lenguas prerromanas. Javier de Hoz, por desgracia ya desaparecido, se extrañaba por la información que los manuales de historia de la lengua española daban sobre las lenguas paleohispánicas. Esa información requiere naturalmente actualizar lo que se suele decir del ibérico, que era la especialidad de Hoz, pero necesita igualmente de la información del euskera que aparece en este diccionario. No solo por lo que se resuelve en él, sino también por lo que demuestra que de momento no tiene solución.

2.3. Pero también este diccionario es fundamental para el estudio histórico del propio léxico castellano. Me serviré de *tresna* como ejemplo. Hay precisiones galorrománicas útiles para entender el desarrollo de sentido que ha experimentado esta palabra, que parecería un hispanismo en euskera. Y estas precisiones son atendibles para responder a la pregunta de si todos sus sentidos se han desarrollado dentro del euskera o vienen ya del origen galorrománico del vocablo. Es perfectamente lógico a este respecto que se tome en consideración la documentación romance vasco-navarra: así, en un documento navarro se dice que “Garci Semeneiç de Leçcana tolio dos

mulas a Furtuyn Maranchona con todos sus tresnas, et uendieronlas en Pomplona” (1261), otros de Bilbao (de 1435 y 1459), otro de García de Salazar de 1495 y varios textos más de finales del xv.

Curiosamente las bases documentales de las que se sacan estos datos son las mismas que nosotros empleamos para el castellano. Lo que me lleva a preguntarme si no deberíamos incluir al euskera en estas áreas léxicas dentro de las que situamos nuestros romances. Este ha vivido relacionándose con ellos. Si a menudo el castellano va a la par que el aragonés, el catalán y el gascón, ¿no es pensable que pudiera desenvolverse por esa misma área el euskera participando de innovaciones comunes? De forma que lo ocurrido en castellano, navarroaragonés y occitano se da dentro de un *continuum* en el que no debemos dejar de lado al euskera. Lo cual tiene además una consecuencia, dicho con pocas palabras un poco abstrusas para quienes no se dediquen a esto, de hacer más comprensibles las explicaciones de adstrato.

Es largo el recorrido que promete esta obra a una filología que cada vez es capaz de entender mejor cómo se han entreverado (lo uso en un sentido que no es exactamente con el que se emplea en la Argentina) unas lenguas en este pequeño territorio norteño. La lectura de *silo* en el *DECH* y la de *zulo* en el presente diccionario es reveladora. Los sentidos que desarrollan estos cognados, aparte de algunos problemas, dan la impresión de que en algunos casos han seguido caminos en común. No tengo la menor duda de que las conclusiones a que se llega en el diccionario que se presenta han de ser tomadas en cuenta si se pensara en corregir algún día el diccionario de Corominas. El desacuerdo con la etimología celta para *silo* a la que apuntaba mi maestro (que ya mostró Michelena), me parece muy razonable. Y, aunque me refería antes a que esto de la etimología no es un juego para satisfacer las preguntas que se hacen muchos hablantes, no está de más ver la situación que con respecto a esta palabra tienen antropónimos como *Zuloaga* y *Zuloeta* e incluso, en el dominio del francés, variantes como *Peyrot de silloete*, que nos llevan al nombre de aquel ministro francés *Étienne de Silhouette*, que ha dado lugar a nuestro *silueta* y que este diccionario lo registra (*profil à la silhouette*) precisamente en Rousseau en 1765, dos años después de la primera documentación del *Trésor*.

Para concluir, el carácter innovador del trabajo de Joseba A. Lakarra, Julen Manterola e Iñaki Segurolo del libro que se presenta hoy es, sin la menor duda, un gran paso para el mejor conocimiento de la historia de la lengua vasca. Es un acicate para las futuras investigaciones que se han de desarrollar sobre ella en el dominio histórico. Y lo es también como ejemplo de un método que se debería tomar en consideración en la etimología hispánica.